

## CAPITULO PRIMERO

### PREJUICIOS DE LOS FILÓSOFOS

1. La voluntad de lo verdadero, que nos perderá todavía en muchas aventuras é ilusiones; esta famosa voluntad de la veracidad, tan venerada por todos los filósofos, ¡qué problemas no ha planteado! ¡Cuán curiosos, malignos y difíciles problemas! Es una historia ya muy larga; y, sin embargo, ¿no parecería de ayer? ¿Qué maravilla es que al fin nos hagamos desconfiados y perdamos la paciencia? ¿Qué maravilla que también nosotros hayamos aprendido de esta Esfinge á proponer cuestiones y preguntas?

Pero, ¿quién es el que pregunta? ¿Cuál es en nosotros la cosa que tiende á la *verdad*? Realmente, hemos vacilado por mucho tiempo en preguntarnos la causa de esta voluntad, hasta tanto que nos vimos parados delante de una cuestión todavía más importante. Nos hemos preguntado cuál sería el valor de esta voluntad.

Dando por supuesto que nosotros queramos la verdad, ¿por qué no más bien la mentira, ó la incertidumbre, ó la ignorancia? ¿Se nos presentó á nosotros el problema del valor de la verdad, ó es que nosotros

fuimos en su busca? ¿Qué parte de nosotros es Edipo y qué parte de nosotros es la Esfinge? Parece esto una cita de interrogaciones y de series de interrogaciones. Y, sin embargo ¡quién lo creyera!, casi, casi parece que hasta ahora no ha sido nunca propuesto el problema, que ahora le hayamos visto por vez primera, por vez primera le hayamos pesado y afrontado. Y en afrontarlo hay gran peligro, y se requiere una audacia quizá la mayor de todas.

2. ¿Cómo una cosa podría tener su origen en su contrario? Por ejemplo: ¿la verdad en el error? ¿La voluntad de lo verdadero en la voluntad de lo falso? ¿La acción desinteresada en el egoísmo? ¿La contemplación ascética, pura y radiante del sabio en el fango de la concupiscencia?

Tal origen es imposible; quien lo imagina es un insensato, es todavía algo peor; las cosas que tienen un valor supremo, han de tener otro origen, *propio*; es imposible derivarlas de este mundo miserable, pasajero, seductor y engañador, de este laberinto de locuras y de apetitos bajos. En el seno del ser, del impercedero, del dios escondido, de la «cosa *in se*», allí está su origen, y no en otra parte. Este método de juzgar nos presenta el prejuicio típico que distingue á los metafísicos de todos los tiempos; este método de apreciar forma la base de todos sus procedimientos lógicos; parten de este punto, de su «*fe*», tratando de llegar al «conocimiento», á lo que llaman «verdad». La creencia fundamental de los metafísicos es la creencia en la *oposición de los valores*.

Ni aun á los más prudentes se les ocurrió dudar de los orígenes, donde la duda era más necesaria; ni aun á los que se habían propuesto «de omnibus dubitare».

En primer lugar, es lícito dudar si los contrarios existen, y también dudar si la «contrariedad» misma vulgar, en la cual imprimieron su sello los metafísicos, será tal vez concepto subjetivo, visual, aproximado, desde algún rincón, de bajo en alto, á vista de rana.

Por grande que pueda ser el valor de la verdad y del desinterés, podría, sin embargo, suceder que fuese necesario atribuir á la apariencia, á la voluntad del error, al interés y á la codicia un valor superior y más fundado y más útil para todos los vivientes. Y hasta podría suceder que lo que constituye el valor de aquellas cosas buenas y veneradas consistiese en que poseen una afinidad comprometedora con las cosas malas y aparentemente contrarias, con las cuales se identifican en esencia. ¡Quizá! Pero, ¿quién cuida de unos «quizá» tan peligrosos?

Para que esto suceda, hay que esperar el advenimiento de una nueva especie de filósofos, que tengan inclinaciones y gustos diametralmente opuestos á los actuales. Filósofos del peligroso «quizá» en todos los sentidos. Y hablando en serio, paréceme que los veo llegar.

3. Después de haber leído por muchos años las obras de los filósofos y sus entrelíneas, me digo: es preciso colocar la mayor parte del pensar consciente entre las actividades del instinto, y también el pensar filosófico; es preciso comenzar de nuevo, desaprender y reaprender, como se hizo acerca del atavismo y de la «herencia». Así como el hecho del nacimiento no entra en consideración en toda la serie y proceso de la herencia, así la conciencia, en sentido propio, no puede oponerse al instinto. Casi todo el pensar consciente del filósofo está dirigido secretamente por sus instintos,

los cuales le obligan á ir por determinado camino. Aun detrás de la lógica y de la autonomía aparente de su marcha, ocúltanse estimaciones de valores, ó más claramente, postulados fisiológicos para la conservación de tal ó cual especie de vida. Por ejemplo, que lo determinado tenga más valor que lo indeterminado, que la apariencia valga menos que la «verdad». Tales estimaciones, por grande que sea para nosotros su importancia reguladora, no son más que conceptos subjetivos, reales bagatelas, necesarias quizá para la conservación de nuestro ser. Siempre que no haya de ser el hombre precisamente «la medida de las cosas»...

4. La falsedad de un juicio no puede servirnos de objeción contra el mismo. La cuestión es saber cuánto ayuda tal juicio para favorecer y conservar la vida, la especie y todo lo necesario á su evolución. Estamos fundamentalmente inclinados á sostener que los juicios más falsos (á los cuales pertenecen los juicios sintéticos *a priori*) son para nosotros los más indispensables; y que no concediendo valor á las ficciones lógicas, no midiendo la realidad con la regla puramente ficticia de lo incondicionado, no falseando constantemente el mundo mediante el número, no podría vivir el hombre; finalmente, que el renunciar los juicios falsos sería lo mismo que renunciar la vida, que renegar de la vida.

Admitir el error como condición de la vida es ciertamente rebelarse contra los actuales conceptos del valor, y una filosofía que á tal se atreve se coloca por esto mismo más allá del bien y del mal.

5. Lo que más nos mueve á mirar con desconfianza

é ironía á todos los filósofos, no es ya el ver cuán inocentes son y con qué facilidad toman el rábano por las hojas, sino el ver cuánta honestidad y rectitud les falta, mientras que todos juntos hacen mucho ruido y opinión de virtud y nos querrian persuadir que sus opiniones son el resultado de una dialéctica fría, pura, indiferente, olímpica, descubierta y obtenida por ellos para distinguirse de toda clase de místicos, los cuales, más honestos, pero más ignorantes, hablan de «inspiración». Lo que hay en el fondo de sus sistemas es una frase cogida al vuelo, una idea extravagante, una sugestión, un deseo abstraído y filtrado; esto es lo que defienden con razones traídas por los cabellos—en el fondo son abogados que no quieren llamarse así, y tal vez zorros que quieren hacer pasar por otras tantas verdades sus prejuicios y preocupaciones—y están muy lejos de aquella fortaleza de ánimo que de todo esto se da razón, muy lejos del buen gusto de la franqueza, que proclama todo esto en voz alta, ya sea para poner en guardia á los enemigos y á los amigos, ya sea por orgullo ó ya por burlarse de sí misma. La hipocresía tan rígida como virtuosa del viejo Kant, con la cual nos llevó á los senderos más resbaladizos de la dialéctica para conducirnos, ó más bien seducirnos, á su «*imperativo categórico*», es un espectáculo que nos hace reir á nosotros, descontentadizos, que sentimos el mayor placer del mundo al descubrir las finas malicias de los viejos predicadores de moral.

También nos hace reir aquel espantajo de forma matemática, con el cual Spinoza enmascaró su filosofía—el amor de la *propia* sabiduría—armándola como de una coraza para asustar á quien osase mirar á la cara de aquella virgen invencible, Pallas Atenae:

¡cuánta timidez y debilidad nos revela esta máscara de un enfermo solitario!

6. Poco á poco he llegado á comprender que toda filosofía no es otra cosa que la profesión de fe de quien la crea; una especie de «Memorias» involuntarias. El fin moral (ó inmoral) constituye el verdadero nudo vital de toda filosofía, del cual se desarrolló después toda la planta.

En realidad, cuando quiere uno explicarse cómo tuvieron origen las afirmaciones metafísicas más estrambóticas de tal ó cual filósofo, es prudente preguntarse: ¿á qué moral tiende?

Por esto, no creo que el impulso hacia el conocimiento sea el padre de la filosofía, sino antes bien, otro impulso, á quien sirve de instrumento el conocimiento (ó quizá la ignorancia). Pero quien considere los impulsos fundamentales del hombre bajo el aspecto en que son genios (ó demonios) inspiradores, hallará que cada uno de ellos, hizo filosofía por cuenta propia, que cada uno aspiró ya á presentarse como razón última de la existencia, como soberano legítimo de todas las demás tendencias. Toda tendencia tiende á la dominación, y como tal tiende á filosofar.

Ciertamente que en el erudito, en el hombre de ciencia, debería suceder de otro modo; allí quizás haya alguna verdadera aspiración al conocimiento, algún mecanismo independiente, el cual, teniendo buena cuerda, trabajaría activamente sin interesarse las demás tendencias. Por eso, los verdaderos intereses del erudito están generalmente en otra parte: en la familia, en la ganancia, en la política; es casi indiferente que su pequeño mecanismo esté colocado en tal ó cual punto de la ciencia; que el joven trabajador del porve-

nir sea buen filólogo ó conocedor de setas ó buen químico; para *distinguirse*, poco importa que sea esto ó aquéllo. Por el contrario, en el filósofo no hay nada impersonal; su moral da testimonio decisivo *de su naturaleza*, es decir, del orden en que están colocadas las íntimas tendencias de su ser.

7. ¡Cuán maliciosos son los filósofos! No conozco sarcasmo más venenoso que el epíteto de Epicuro contra Platón y los platónicos: los llamó *Dionisiokólakes*. Propiamente, significaría *aduladores de Dionisio*, cortesanos de los tiranos. Pero también quiso llamarlos comediantes (según el significado popular de aquella palabra.) Y en este último sentido consiste la malicia del apodo. Epicuro estaba despechado de la manera grandiosa y del efecto escénico con que solían presentarse Platón y sus discípulos, mientras que él, el viejo maestro de escuela de Samos, permanecía escondido en su jardín de Atenas, donde escribió trescientos volúmenes, quizá por odio ó por envidia de Platón. Y fueron necesarios cien años para que la Grecia llegase á comprender cuán grande había sido aquel dios de los tuertos, Epicuro. Pero, ¿llegó jamás á comprenderlo?

8. En todas las filosofías hay un punto en que la «convicción del filósofo» se presenta en escena, ó como se decía en un drama medioeval,

*adventavit asinus  
pulcher et fortissimus.*

9. ¿Queréis vivir «según la naturaleza?»—¡Cuán equivocados andáis, oh nobles estoicos! Imaginaos un ser, como es la naturaleza, infinitamente pródiga, in-

finitamente indiferente, sin intenciones ni miramientos, sin piedad ni justicia, fecunda y estéril, siempre incierta; imaginaos la indiferencia convertida en potencia, ¿cómo podréis vivir según esta indiferencia?

¿Por ventura, vivir no significa querer ser algo diverso de aquello que es una naturaleza de la misma especie? ¿No significa estimar, preferir, ser injustos limitados, diferentes? Y si suponemos que vuestra máxima «vivir según la naturaleza» significa en el fondo «vivir según la vida», ¿cómo podréis no hacerlo? ¿Por qué mandar á aquello que sois, aquéllo que no podéis menos de ser? En la realidad acontece de otro modo; mientras os parece que en la naturaleza descifraisteis los artículos de vuestra ley, estáis mirando á una cosa contraria, engañándoos á vosotros mismos. Vuestro orgullo pretende incorporar á la naturaleza vuestra moral, vuestro ideal; pretendéis que la naturaleza sea según el Pórtico, y queréis conformar la vida á vuestra imagen y semejanza, queréis hacer de la vida una monstruosa y perenne glorificación y generalización del estoicismo! Con todo vuestro amor á la verdad, os esforzáis constantemente y con rigidez hipnótica por contemplar la naturaleza *falsa*, que quiere decir estoica, hasta que por fin ya no sois capaces de contemplarla bajo otro aspecto. Un inconcebible orgullo os infunde la esperanza insensata de que así como podéis tiranizaros á vosotros mismos, así también la naturaleza se deja tiranizar: estoicismo equivale á tiranía de sí mismo, ¿y no dicen que es una parte de la naturaleza?... Mas esta es historia vieja; lo que en otros tiempos aconteció á los estóicos, acontece también ahora á toda la filosofía que comienza á creer en sí misma; crea el mundo á su propia imagen, y no puede hacer de otro modo. Porque la filosofía no es otra cosa

que el instinto tiránico, la más espiritual voluntad del poder, de la «creación del mundo», de la «causa primera».

10. El celo y finura, y estoy por decir la astucia, con que hoy en toda Europa se afronta el problema «del mundo real y del mundo aparente», da que pensar, da que atender; y quien aquí no vea otro motivo que «la voluntad de conocer la verdad», no podrá decir que tiene buen olfato. En algunos casos, muy raros, puede admitirse que una tal voluntad de conocer la verdad, que un valor ciego y aventurero, que un orgullo de metafísico á *ultranza* tenga lugar aquí prefiriendo un puñado de certeza á un vagón de probabilidades; admito también que existan puritanos fanáticos de la conciencia los cuales preferirían un cierto nada, á un incierto cualquier cosa. Mas esto sería nihilismo é indicio de un alma desesperada y mortalmente herida; por mucho que sea el adorno de semejante virtud y bravura. Los pensadores más profundos y fuertes y llenos de vida parece que piensan muy de otro modo: cuando toman partido contra la apariencia y pronuncian con desprecio la palabra «visualista»; cuando juzgan á su propio cuerpo tan indigno de fe como el movimiento de la tierra, y tan bonitamente renuncian á la propiedad más segura (porque qué cosa más propia que su propio cuerpo)—¿quién sabe si en el fondo no intentan reconquistar cierta cosa que en otro tiempo se poseyó todavía con mayor seguridad? ¿Cierta cosa de la antigua posesión fundamental que constituía la fe de otros tiempos, por ejemplo, «el alma inmortal, el «antiguo Dios», en una palabra, aquellas ideas que permitían vivir entonces mejor y con mayor seguridad y alegría que la que

consienten «ideas modernas?» En estos filósofos se halla cierta desconfianza de las ideas modernas, cierta incredulidad contra todo lo que se edificó ayer y hoy, mezclada tal vez con una especie de saciedad, de fastidio y de desprecio por todo lo que no se sujeta al maremagnum de los conceptos más diversos, como son los que hoy expone á la venta el positivismo. Tal vez se encuentra en los mismos las nauseas de un gusto refinado, que se indigna con esta ruidosa exposición y feria de tantos filosofastros realistas, cuya única novedad es la batahola de palabras.

En una cosa son de alabar estos escépticos antirealistas y analizadores microscópicos de la ciencia moderna: el instinto que los aleja del realismo *moderno*, es incontrastable. ¿Qué nos importa que se aleje de él por los torcidos senderos del retroceso? Lo esencial es, que quieren alejarse. Un poco más de fuerza de inspiración, de valor, de sentimiento artístico, y en vez de tornar atrás, tenderán á levantarse!

11. Paréceme que hoy se tiende á no ensalzar tanto la influencia de Kant en la filosofía alemana y á rebajar prudentemente el valor que se atribuyó él á sí mismo. Kant estaba muy orgulloso de su tabla de categorías y solía decir con su Tabla en la mano: «esta es la cosa más difícil que pudo intentarse en la metafísica».

Nótese bien este «pudo intentarse»; el orgullo de Kant era el haber descubierto en el hombre una facultad nueva, la facultad de los juicios sintéticos *a priori*.

Aun admitiendo que se haya engañado, el desarrollo y rápido florecimiento de la filosofía alemana son debidos á este descubrimiento hijo del orgullo y á la porfía de todos los jóvenes en la busca de descubri-

mientos todavía más magníficos, es decir, de nuevas facultades en el hombre. Pero seamos cuerdos, que ya es tiempo. «¿De qué modo son *posibles* los juicios sintéticos *a priori*?»—se preguntó Kant—¿y qué respondió en el fondo? «*Por la facultad de una facultad*»; no lo dijo él con estas pocas palabras, sino antes bien, con una exposición tan detallada y tan venerable, con tanto ímpetu de contornos y de profundidad germánica, que de buenas á primeras no se conoció la «innanidad germánica» que se ocultaba en tal respuesta. Quedaron los hombres locos de contento por el hallazgo de la nueva *facultad*, y no reconoció límites el universal júbilo cuando añadió Kant un nuevo descubrimiento, «la facultad moral»: pues en aquel tiempo los alemanes eran todavía moralistas, y no como ahora realistas-políticos.

Aquella fué la luna de miel de la filosofía alemana: todos los jóvenes teólogos del seminario de Tübinga, echáronse á cazar nuevas *facultades*. ¡Y cuántas no se encontraron en aquellos hermosos tiempos de inocencia y de orgullosa juventud del espíritu germánico, oreado todavía con el malicioso hálito del romanticismo, en aquellos tiempos en que «descubrir é inventar», tenían el mismo significado!

Ante todo, era necesaria una facultad para lo «sobrenatural»: Schelling la bautizó con el nombre de «intuición intelectual», y con esto pudo satisfacer á los deseos más íntimos de sus alemanes que siempre tienen un fondo de piedad religiosa. El mayor daño que puede hacerse á este movimiento sentimental y juvenil mezclado de conceptos misántropos y decrepitos, es tomarle en serio y ocuparse de él con indignación moral: de cualquier modo, hizose viejo y el sueño desapareció.

Porque vino un tiempo en que comenzó la gente á frotarse los ojos, y todavía hoy se los están frotando. Vióse que era un sueño: quien primero lo había soñado era el viejo Kant. Había dicho «por la facultad de una facultad». Pero ¿esto es una respuesta ó es una definición? ¿No es acaso una repetición de aquella famosa pregunta *¿Por qué el opio hace dormir?* «Por la facultad de una facultad» equivale á decir «gracias á su virtud dormitiva», como respondió el médico de Molière:

*quia est in eo virtus dormitiva  
cujus est natura sensus assoupire.*

Pero tales respuestas son buenas para una comedia, y ya es por fin hora de sustituir la proposición kantiana, «¿cómo son posibles los juicios sintéticos *à priori?*» con esta otra: ¿por qué es necesario creer en tales juicios? y de comprender que semejantes juicios deben ser tenidos por verdaderos para la conservación de los seres de nuestra especie; ¡más esto no quita que puedan ser también falsos! Y para hablar con más franqueza, los juicios sintéticos *à priori*, no debían ser *posibles*; no tenemos ningún derecho sobre los mismos; en nuestra boca resultan ser juicios falsos. Mas con esto no se niega que el creer en su verdad sea una necesidad y que hayamos menester de tal creencia fundamental y sensitiva como parte de la óptica y perspectivas de la vida humana. Ahora bien; si pensamos en el inmenso éxito de la filosofía alemana en toda Europa, no será lícito dudar que á tal efecto ha contribuido cierta *virtus dormitiva*.

Europa, en medio de sublimes nulidades, de hipócritas, de místicos, de artistas, de cristianos de tres al cuarto y de pasteleros políticos, túvose por feliz al

hallar en la filosofía alemana un contraveneno contra el sensualismo prepotente que nos legó el siglo pasado; es decir, halló la manera de *sensus assoupire*.

12. En cuanto al atomismo materialista, éste pertenece á las teorías que fueron mejor confutadas, y tal vez no haya hoy en Europa ningún hombre de ciencia que sea tan ignorante que le atribuya seria importancia (á no ser para usos caseros; es decir, como medio cómodo de expresarse), y esto gracias principalmente al polaco Boscovich, el cual, á semejanza de Copérnico, fué el mayor y más victorioso adversario de las apariencias. Quiero decir: que así como Copérnico nos enseñó á creer, contra toda evidencia de los sentidos, que la tierra no es inmóvil, así Boscovich nos enseñó á desechar la creencia en la última cosa que todavía quedaba inmóvil en la tierra, la creencia en la materia, en el átomo: este fué el mayor triunfo que jamás se haya obtenido sobre los sentidos. Pero todavía tenemos que ir más adelante, y declarar también la guerra á la susodicha «necesidad atomística» que todavía vive una vida clandestina y peligrosa allí donde menos era de esperar; estrechamente unida á la «necesidad metafísica». Hay que hacer guerra al escarpelo sin cuartel; pero también á aquel otro atomismo más funesto, más duradero, enseñado por el cristianismo: guerra al «atomismo del alma». Con esta expresión signífico la creencia que admite el alma como algo de indestructible, de eterno, de indivisible, como una mónada, un átomo: esta creencia debe desterrarse de la ciencia. Y no por esto, dicho sea entre nosotros, será necesario desembarazarse del alma y renunciar así á una de las más antiguas y venerables hipótesis: tal podría suceder al na-